

so, y también lo amaba; dábale el tratamiento de *pupá*, que él oía embelesado de aquella boca que no volvería á recibir los besos de su padre verdadero.

Extrañas coincidencias! Guadalupe debió la vida dos veces á personas no sólo ajenas una á la otra, sino enemigas entre sí; con la segunda vida adquirió un apellido que no era el suyo, pero con el cual fué conocida después: su legítimo padre bajó al sepulcro sin haberla vuelto á ver; sin saber que su hija amaba á un extraño como á él mismo; sin poder vengar siquiera un ultraje que se hacía á la causa por quien se sacrificaba gustoso, y meditando quizá en la suerte de su desdichada familia, pero sin que esta idea hiciese desmayar en lo más mínimo su indomable valor.

Rara vez suele el hombre colocarse á una altura que lo haga digno de veneración; rara vez sus acciones se prestan á un elogio absoluto, pues siempre hay en él mucho que censurar. Brilanti, llevado de un celo tan exagerado como egoísta, no se contentó realmente en hacer un ultraje á la pobre huérfana, sino que lo hizo también á la historia y hasta al buen sentido. Mandó hacer un escudo de plata y lo colocó sobre el pecho de la niña Guadalupe. En este escudo estaban grabadas las siguientes palabras: *Me salí de entre los insurgentes, por servir á la monarquía española*. Este hecho entraña una puerilidad imperdonable, una mentira histórica y un insulto al héroe Moreno. La noble acción de Brilanti se empañó en parte, al mandar inscribir esta falsedad; la niña no tenía, pues, de qué avergonzarse, pero él no pensó en que la historia le reprocharía este arranque de partidario, y del cual, en buena lid, nada lo podrá disculpar.

Un año hacía que Guadalupe estaba al lado de Brilanti, cuando éste tuvo que abandonar á Lagos y trasladarse á Durango, adonde le llamaban los deberes de su empleo; al irse entregó su prisionera á una señora parienta de Moreno, y partió con el pesar de haber dejado á la que él llamaba su hija, y por quien abrigaba su corazón una delicada ternura. ¡Pobre niña! la desgracia se empeñaba en arrebatarse de su lado á todos los seres que la amaban y se interesaban por ella, como si estuviera condenada á vivir de la caridad, mendigando cariño y pidiendo compasión.

Los acontecimientos políticos en que el padre de Guadalupe tomó una parte tan activa, tuvieron un desenlace funesto con la pérdida del *Fuerte del Sombrero*, cuya defensa heroica inmortalizó á aquel puñado de valientes, que prefirieron el sacrificio y la muerte, á la deshonra de una capitulación. Algún tiempo después de este desastre para las armas independientes, Moreno sucumbió, víctima de la traición, mientras su familia quedaba sujeta á las penalidades de la prisión y la pobreza, llorando la muerte desgraciada del que no pudo volver á estrechar en sus brazos á su esposa y á sus hijos.

Los años trascurrieron; Guadalupe volvió al lado de su madre después de una dolorosa ausencia, y cuando el cielo del hogar habíase despejado de las tristes sombras que lo nublaron mucho tiempo. La prisionera de dos años era ya una hermosa joven de diez y ocho, y á quien los acontecimientos de la infancia parecían un sueño, del que quedaba para ella una desgarradora realidad: ¡la muerte de su padre!...

Guadalupe estaba en ese periodo en que la mujer siente la necesidad de amar, y sueña otra vida para satisfacer las aspiraciones de su alma. El mundo de la mujer es el amor, como el santuario de sus afecciones más puras el hogar. Una mujer á quien faltan estos dos elementos de vida, es un cadáver moral expuesto á la deshonra ó al menosprecio.

Nuestra joven interesaba por su belleza, por sus desgracias y por cierto tinte de melancolía que se trasparentaba en la limpia palidez de su rostro y en la dulzura de sus ojos, habituados desde tierna edad á ver la desgracia en derredor suyo, y á verter lágrimas que no enjugaron los besos maternos. Estas circunstancias y su apacible carácter, le conquistaron el cariño de un joven á quien ella entregó su alma, ávida de emociones y grande como su pasado infortunio. Él la hizo su esposa, y el ángel del hogar abrió sus alas para recibir á los desposados, que soñando en un porvenir risueño no veían al ángel de la muerte, que también había sus alas sobre la juvenil cabeza de Guadalupe.

Corría el funesto año de 33, cuya memoria recuerda México con horror, por las víctimas que el cólera hizo en nuestra patria, que apenas empezaba á olvidar los terribles desastres de una guerra de once años. Guadalupe estaba recién casada, era feliz cuanto podía serlo, y preciso era que pagara con la vida aquella felicidad, para la cual no había nacido, ni debía disfrutar en este mundo. Belleza, juventud, cualidades, nada bastó para librarla del triste destino á que estaba condenada; y á los veinte años dejó las riberas de la vida, para penetrar envuelta en el manto de los escogidos á la patria donde le esperaba la recompensa de sus infortunios, cuando aun estaba fresca en sus sienas la corona de su fiesta nupcial.

Guadalupe fué un ángel desterrado á quien Dios quiso enviar al mundo para servir á sus inescrutables designios. ¿Qué sabemos de la misión que llenan muchos seres en la vida, quedando ésta oculta á la penetración humana? De todas maneras preciso es convenir en que Sócrates tenía razón, diciendo: *Sólo sé que no sé nada*. El hombre jamás sabrá sino lo que debe saber, y en vano se empeñará en descubrir la causa de acontecimientos para los cuales la inteligencia tiene un *hasta aquí*.

ANTONIO DE P. MORENO.

DEL NATURALISMO.

(Continuación.)



ÁSE afirmado con notoria mala fe, que el Catolicismo y los que esta religión profesan, se oponen al llamado naturalismo, porque indica un progreso en la cultura intelectual. Aserción tan gratuita, apenas si merece ser refutada. ¿Dónde se hallará más encantador naturalismo que en las obras de la eximia gallega é ilustre autora del *San Francisco de Asís*, Doña Emilia Pardo Bazán: en las del insigne montañés Pereda, y las del elocuente catedrático de Valencia, Polo y Peyrolón? ¿Quién que haya saboreado las deliciosas escenas y se haya fijado hasta en los menores detalles de *Un viaje de novios*, *Pascual López*, *El buey suelto*... *El sabor de la tierra*, *Pedro Sánchez*, *Sotileza* y *Los Mayos*, habrá dejado de admirar en ellas la exactitud en la copia de los caracteres, fielmente fotografiados, la realidad de las escenas, la verdad y animación de las descripciones que nos traen muchas veces á la memoria sitios por nosotros conocidos, personajes tratados, situaciones presenciadas como protagonistas ó meros espectadores? Y creemos no habrá uno solo que dude de los arraigados sentimientos católicos de dichos novelistas.

Pero no; la escuela naturalista francesa desecha todo aquello que tenga visos de moralidad, pues necesita impregnar sus libros de cierto olor nauseabundo, y de ciertas escenas pornográficas, que exciten en el ánimo de los lectores un interés y curiosidad malditos, despertándoles los más ruines pensamientos. Olvidando que, como dice un gran Padre de la Iglesia, «el hombre no es hielo ni piedra, sino carne y sangre, más fácil de inflamarse de la concupiscencia, que el heno seco del fuego» y que «no debe provocarse un mal cierto por una esperanza incierta», como afirmaba nuestro insigne Balmes, se ha empeñado el naturalismo en trasladar á sus libros lo más abyecto de la sociedad de la Babel moderna. Ciertamente que en ocasiones es necesario mostrar las llagas para proponer su cura; pero entonces es cuando la circunspección y el talento del escritor y del poeta debe revelarse más elevado que nunca, para que el resultado no sea contraproducente, y siempre que pueda conseguirse el mismo fin, esquivando aquellos medios, deberá preferirse el que menos peligros ofrezca de enardecer las pasiones. Nosotros, mediante Dios, negaremos en todo tiempo con la convicción más ardiente, que sea necesario enseñar el mal para amar el bien, pues la experiencia aconseja lo contrario. La lectura del *Werther* de Goethe produjo en Alemania la pasión al suicidio, y ¿hubiera ésto sucedido, si lejos de presentarlo poéticamente, y como cosa natural ó necesaria, se le hubiese execrado en las ocasiones oportunas, inculcando en el ánimo de todos la terrible responsabilidad moral que contrae el que le comete? Las producciones literarias, si han de cumplir los nobles fines que les son propios, han de inspirarse siempre en la moral, y en «punto á moral, sólo el Evangelio es siempre seguro, siempre verdadero, siempre único, y siempre semejante á sí mismo,»¹ y jamás debe prescindir de la religión; pues «no es posible que sin religión sea virtuoso un hombre.»²

Por fortuna la novela naturalista del género francés ha tenido escasa acogida en España, habiendo apenas ningún original, aunque abundan desdichadas traducciones.

El teatro francés, que como confesaba Voltaire debe al español la primera tragedia apasionada, y la primera comedia de carácter, según testimonio también de Victor Hugo,³ ha logrado en la actualidad verse plagiado por el nuestro, en cuyas escenas rara vez fulguran los brillantes resplandores de las obras maestras de la dramática. El público de nuestros días desea manjares fuertes

¹ Jean Jacques Rousseau, *Lettre écrites de la Montagne*.

² Id., *ib.*, *id.*, carta á D'Alembert, sobre los espectáculos.

³ Carta á Elíseo Girardin, Hauteville House, 22 Octubre 1868.